



DE FRANCISCO DIAZ.

*Nueva relacion, en que se van refiriendo los valerosos arreos
y gravosas hazañas de este valeroso mancebo, natu-
ral de Jerez de la Frontera.*

PRIMERA PARTE.

Escucha, Agustia Florencio,
con atencion sosegada:
pues me han dicho de tu vida
las soberbias arrogancias,
te contaré de la mia,
por haber sido arrestada,
para que de mi valor
se publiquen las hazañas.
En Jerez de la Frontera,

ínlita ciudad de España,
nací para ser asombro
de toda aquesta comarca.
Francisco Diaz me llamo,
pero en lo comun me aclaman
Oliveros, por ser yo
cual Oliveros de España.
Criéme con gran soberbia,
tanto que todos temblaban



solo con nombrarme à mí,
porque à todos maltrataba.
A los quince años que tuve,
con dos muchachos estaba
en una hu rta jugando,
y empezamos à pedradas;
pero arrimandome yo,
à uno le dí una pedrada,
que le deshice el sentido,
y sacando una navaja,
la cabeza le corté,
y la colgué de una rama;
el otro se escapó huyendo,
que si no, tambien llevara.
Viendo mi padre el delito,
me retiró de mi casa,
al puerto me pasó entónces,
y luego al punto me embarca.
Pasé á la ciudad de Cádiz,
y en ella me paseaba.
A un montañes en la pila
que está en medio de la plaza,
porque le pedí enfadado,
me diese un baso de agua,
y me la negó, en la boca
le dí tan gran bofetada,
que le derribé las muelas,
en cuya ocasion me agarran
dos ministros por detrás,
à la cárcel me llevaban
y un Capitan me quitó;
mas despues que suelto estaba,
con un rejon à un ministro
lo partí por las espaldas.
Me metí en san Juan de Dios,
donde estuve una semana:
pasé desde allí à Sanlúcar,
y despues volví à mi casa,
y teniendo veinte años,
dispuse de tomar plaza,

porque mi estrella me dicta
que le sirva al Rey de España.
A Portugal dí la buelta,
hice la primer campaña;
de mi va or y mi esfuerzo
dando pruebas señaladas.
Luego me pase à Valencia,
sirviendo á nuestro Monarca,
donde me encontré contigo
en la batalla de Almansa,
en la cual se definió
el derecho con las armas.
Bien sabes de que reñimos,
siendo una dama la causa,
que en público galanteo
cada cual solicitaba.
Luego quedamos amigos,
porque nuestros camaradas
hicieron las amistades,
quedando entónces tan alta
nuestra amistad, que pasamos,
dando triunfo à nuestra fama,
al campo de Zaragoza,
en donde sentamos plaza
de Migueletes, por ser
insigne nuestra arrogancia.
Luego despues los dos juntos
hicimos la retirada
à los montes de Alventosa,
y allá en la sierra de Espada,
nos mantuvimos un año
con vida tan desatada,
que hicimos mas de cien muertes,
forzamos treinta casadas,
con otras tantas doncellas,
con lo demás que se calla.
Ya enfadados de esta vi la,
de estos delitos y causas,
nos pasamos à Teruel,
donde con dos camaradas

encontramos, y al instante
vinieron en mi compañía.
Al Corregidor un dia,
solo por una palabra,
le sacudí, bien lo sabes,
con una escopeta larga,
y al punto nos retiramos
otra vez à la montaña.
Una noche que el silencio
à todos lugar les daba,
vinieron con treinta hombres,
y quitándonos las armas,
llevándonos à Teruel,
en la carcel nos encajan,
y al cabo de algunos dias,
prevenidos de una escala,
de la cárcel nos salimos
con presteza acelerada,
y por ciertas diferencias
deshicimos la compañía.
Pasaste à la Andalucía,
y yo en Valencia quedaba,
donde otra vez me prendieron
por una pequeña causa.
Su Escelencia el General,
viendo que no declaraba
delitos algunos graves,
dispuso que me soltáran.
Pasé à la ciudad de Murcia,
y estando un dia en la plaza,
un golilla desatento
le dió una cruel bofetada
à una muger y yo entónces
arrancando una mojarra,
lo agarré por los gañotes,
y le dí dos puñaladas.
desde allí pasé à Jaen,
en donde por otra dama
dí la muerte à un Capitan,
porque la galanteaba.

En Granada à un Alguacil
le quité tambien la vara,
en un zaguan lo metí,
y le dí dos mil patadas.
En Antequera à un bizarro
le quité tambien la tapa
de los sesos, porque quiso
conmigo arrancar su espada;
à Málaga pasé entónces,
y un dia en las tarazanas
un gancho se arrimó à mí,
queriendo sentára plaza,
mas yo con un rajonazo
hícele que se mudára.
En Córdoba à un Veinticuatro,
que por junto à mí pasaba,
y no le quité el sombrero,
mandó que me lo quitáran;
lo agarré por los cabellos,
y lo zambullí en el agua.
En Ronda un señor ministro,
pasando yo por la plaza,
sobre quererme prender,
le dí tan fuerte estocada,
que redondo vino al suelo,
sin decir Jesus me valga.
Pasé à Tarifa, y sabiendo
que un sujeto que estimaba,
sobre cierta diferencia
que tuvo por una carga
de tabaco y de cacao,
que à Málaga la llevaba,
preso estaba por mandado
de la Justicia ordinaria.
Fui à media noche à la cárcel,
y con la voz demudada
dije, que al Corregidor
abriéran, porque esperaba.
Supliquéle al carcelero,
que las llaves me entregára,

ò que me diese à mi amigo,
y que si se dilataba,
lo haria dos mil pedazos
al incendio de dos balas;
pero cortesantemente,
mas de fuerza que de gana,
abrió un mustio calabozo,
y sacándolo à la cuadra,
los grillos y la cadena
le quitó con vigilancia;
pero al salir por la puerta,
la Justicia que llegaba,
y preguntando quién va?
fue la respuesta algo estraña,
que al que preguntó, le dí,
para que no preguntára,
en la cara un sepan cuantos,
que se la dejé cruzada.
Los ministros nos rodean,
pero abriendo con dos balas
una puerta, nos salimos,
sin que alguno lo estorvára,
fuimos à tomar sagrado,
y ántes que rompiera el alva,
salimos de la ciudad,
y en una quinta cercana
estuvimos, y à la noche
entré en Tarifa, y fui à casa
del Corregidor, y apenas
llegué ya lo hallé en la cama.
Escusáronle con esto,
y yo con mucha arrogancia
porfiando en que saliera,
conseguí al fin mi demanda.
Le supliqué que me diese
el caballo con la carga:
y habiendolo conseguido,
aun hice que me ayudára.
Fui y se la entregué à mi amigo

que de contento lloraba,
por ver su pobreza ya
de entre gatos rescatada.
Despedíme, y fuese al punto,
y yo tomando la marcha,
entré en la villa de Olivera,
y à un hornero con la pala
conque sacan pan del horno,
porque me hechó una arrogancia
le dí entre oreja y oreja,
que lo dejé en la estacada.
De Olivera salí al instante,
llegué à Jerez que es mi patria,
hallé difunto à mi padre,
supe que mi madre estaba
en la gran ciudad de Cádiz;
pasé al instante à buscarla,
llegué à Cádiz y la hallé
muger mayor y postrada.
Busqué modo de vivir
para haber de alimentarla,
y pot estar mas seguro,
quise otra vez tomar plazas
y en este tiempo una orden
del gran Felipe de España
mandó que mi regimiento
al sitio de Ceuta vaya.
Embarquéme muy contento,
por saber que en Ceuta estabas:
y ahora, amigo Florencio,
que estamos en esta plaza,
temidos de toda Ceuta,
las fronteras africanas
hemos de asombrar nosotros,
al valor de nuestras armas.
Y aquí el humilde poeta
al noble auditorio encarga,
que oiga la segunda parte,
y en esta supla las faltas.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se prosiguen y declaran por estenso sus valentias y arrestos: refierese, como estando ya para robar la ermita de la sagrada Virgen de Guadetoca, se le apareció nuestra Señora en traje de pastora, y le amonestó de su mala vida: por cuyo medio logró su conversion y un buen fin.

DE FRANCISCO DIAZ.

Supuesto, noble auditorio, que dije en la primer plana, que en esta remataría lo que en la otra faltaba, ya es fuerza que mi discurso explique lo, que ahora falta. El año de setecientos y diez por cuenta ajustada, Francisco Diaz salió con bizarría estremada de la gran plaza de Ceuta en un barco que pasaba para la ciudad de Cádiz, y así que llegó à la playa, buscó al punto compañeros,

para que le acompañaran. Hallólos y fuése al puerto, volvió à su vida pasada, haciendo mil desatinos, sin mirar de Dios la espada de su justicia, que siempre à los malos amenaza. Pasóse à la estremadura, y corrió toda la Mancha: una noche entró en Toledo, y el convento de Dezcaldas de la Trinidad bendita robó, llevando la plata, el oro y los ornamentos, que en la sacristía estaban:



mataron al Sacristan,
porque muchas voces daba.
La justicia en este tiempo,
que con cuidado rondaba,
acudió, pero fue en vano,
que en los caballos volaban.
Salen en su seguimiento.
y en una espesa montaña
se ocultaron, hasta que todo
el estruendo se acabára.
Y así que vino la noche,
pasaron à Salamanca,
y al Corregidor mataron,
é hirieron cinco Guardas.
Fueron á Cantalapiedra,
y desde allí à Peñaranda,
y por faltarles dinero,
entraron en Casablanca,
(que es un lugar muy pequeño)
un domingo de mañana,
que toda la gente dentro
de la iglesia en misa estaba,
adonde Francisco Diaz
à dos de los suyos manda,
que à la puerta de la iglesia
se pongan, y con las armas
no dejen salir à nadie,
hasta que les avisára.
Robaron todo el lugar,
sin que nadie se escapára,
mataron á un pobre viejo,
y à dos niños porque estaban
en su casa, y no quisieron
darles la llave del arca.
Y al instante que acabaron,
dejan la iglesia cerrada,
y à toda la gente dentro,
porque no los acosáran.
Dieron la vuelta à Trujillo,
para que no los halláran,

donde estuvieron tres meses,
sin que cuidasen de nada.
Y el señor Corregidor
estando un dia en la plaza
escuchando y confiriendo
los negocios de importancia
con el Alcalde mayor,
y viendo los que pasaban
metidos en sus monteras,
con sus coletos y charpas,
llamó à Francisco y le dijo,
que qué oficio egercitaba,
ò en qué se entretenia?
Y con una risa falsa
respondió con un trabuco,
sin hablar una palabra,
por el pecho cinco postas
al Corregidor encaja.
Alborotóse Trujillo,
y los vecinos con armas
todos salen à la calle,
à unos hieren, à otros matan
tocándose prontamente
à rebato las campanas.
Se armó tan grande refriega
que era otra Troya abrasada.
Como un leon desatado
Francisco Diaz andaba:
mataron tres de los suyos,
y con tres que le quedaban,
cincuenta y dos muertes hizo,
y con cinco puñaladas
y un balazo por el muslo,
se retiró à una montaña,
y así que vino la noche,
en una aldea se amparan.
Se curaron de secreto,
y así que sanos estaban,
fueron à Sierramorena,
donde cada dia andaban

haciendo mil desatinos,
los pasajeros robaban
sin dar cuartel à ninguno,
porque à todos muerte daban
teniendo en Guadalcanal
la casa donde posaban.
Un dia que sin dinero
Francisco Diaz se hallaba,
se arrojó en casa del Cura,
y de esta suerte le habla:
Padre Cura, usted sabrá,
que la venida à su casa
no ha sido solo por verlo,
que à verlo fuera escusada;
sino solo por decirle,
que sin replicar palabra,
me dé cincuenta doblones,
porque es cierto que se hallan
tan pobres mis faldriqueras,
que handan las pobres pegadas.
Se los dió y salióse fuera,
y porque la campanada
corrió por todo el lugar,
se fue à la villa de Zafra.
Se acabó todo el dinero
en menos de una semana,
y así que faltó se vido,
ha dicho à sus camaradas:
ya el dinero se acabó,
y hasta que comer nos falta;
dispongamos esta noche
entre todos una traza,
conque se busque dinero.
Y uno de ellos así habla:
de aquí à no mucho distrito,
está una ermita que llaman
la Vírgen de Guadetoca,
con riqueza soberana,
que por sus muchos milagros
vienen de tierras estrañas

à promesas, y le traen
mucho oro y mucha plata;
y en Mayo todos los años,
el primer dia de Pascua
de Espiritu Santo, hacen
feria donde todos pagan;
irémos allá esta noche,
y robaremos las arcas.
Respondió Francisco Diaz,
que no hablase mas palabra,
que de escuchar sus razones,
el corazon le temblaba,
por haber sido devoto
de la Vírgen soberana
desde su tierna niñez,
que tal cosa no intentára.
Pero replicaron todos,
que el que ya perdido estaba,
qué tenía que esperar
de Dios y su Madre santa?
Y del demonio inducido,
con estas locas palabras,
les dijo à sus compañeros:
no nos dilatemos nada.
Montaron en los caballos,
y en una espesa montaña
recostáronse hasta que
la obscura noche llegára;
todos quedaron dormidos,
que el sueño los avasalla.
O Vírgen pura y bendita,
María llena de gracia,
refugio de pecadores,
consuelo de nuestras almas!
No permitió esta Señora
que su intento egecutàra,
pues la santísima Vírgen
con Jesus su Hijo alcanza,
que diese à Francisco Diaz
un acuerdo: y disfrazada

en hábito de pastora,
llegó donde ellos estaban;
llamó à Francisco y le dijo:
levanta al punto, levanta,
y deja tus compañeros,
y véte à mi santa casa,
que está una legua de aquí,
que un Sacerdote te aguarda.
Confiesa allí tus pecados,
porque tu vida se acaba:
haz penitencias y ayunos
que tus culpas satisfagan,
que está enojado mi Hijo,
y su rigor te amenaza;
yo he sido la intercesora,
quien te defiende y te aguarda.
Desapareció la Virgen,
y Francisco se levanta
todo lleno de temor,
su bizarria acabada,
su valentía desecha,
su braveza mitigada,
y su corazon partido
de dolor que se le arranca.
Dejando à sus compañeros,
dejó el caballo y las armas,
y por medio de los montes
fue siguiendo las pisadas
de la santísima Virgen,
y así que llegó à su casa,
vido estar un Religioso,
que de camino pasaba.
Al punto se hechó à sus pies,
con mas llanto que palábras:
confesó generalmente
toda su vida inhumana,
con tanto arrepentimiento,
y lágrimas tan amargas,
que al mas duro corazon

enternecieran sus ansias.
Pegada en tierra la boca,
decia aquestas palabras:
ó serenísima Virgen,
purísima, inmaculada
Madre de Jesus bien nuestro,
paloma pura y sin manchas;
Emperatriz de los cielos,
de todo el mundo abogada,
no mireis mi atrevimiento,
ni repareis mi ignorancia;
rogad à Jesus bendito,
que mire por esta alma,
pues que derramó su sangre,
solamente por salvarla:
no permita que se pierda,
por su pasion sacrosanta.
Y acabando estas razones,
todas sus ropas rasgaba,
y buscando un sayal tosco
y una imágen soberana
de Cristo crucificado,
se metió por la montaña,
sin que saberse pudiera
en un año dónde estaba.
A veinte y cuatro de Junio,
sábado por la mañana,
año de mil setecientos
y trece, cual se declara,
le hallaron en una cueba
difunto, dando su cara
muestras de su salvacion,
por tan hermosa que estaba.
Sus compañeros sabiendo
todo lo que le pasaba,
se acogen à nueva vida,
dejando la que llevaban,
para poder à su egeemplo
volar à la eterna patria.

F I N.

Valencia: Imprenta de la Hija de Agustín Laborda, año 1819.

